

**Análisis de los impactos sociales derivados de la actividad agrícola**  
Analysis of the Social Impacts Derived from Agricultural Activity

Fiorella Mena Paladino

[fiorella.mena1@ulatina.net](mailto:fiorella.mena1@ulatina.net)

Santiago Gutierrez Calvo

[santiago.gutierrez@ulatina.net](mailto:santiago.gutierrez@ulatina.net)

Universidad Latina de Costa Rica

Costa Rica

**Resumen**

Este trabajo analiza las formas de vida humanas previas al surgimiento de la agricultura y examina el proceso de domesticación de plantas que dio origen a las primeras prácticas agrícolas. A partir de ello, se estudia cómo este cambio transformó la organización social, económica y política de las comunidades humanas, impulsando el desarrollo de las primeras civilizaciones. Finalmente, se identifican las consecuencias sociales de largo plazo derivadas de la agricultura y su manifestación en dinámicas contemporáneas.

**Palabras clave:** Historia, Agricultura, Antropología, Arqueología

**Abstract**

This work analyzes human ways of life prior to the emergence of agriculture and examines the process of plant domestication that gave rise to the first agricultural practices. Building on this, it studies how this shift transformed the social, economic, and political organization of human communities, driving the development of the first civilizations. Finally, it identifies the long-term social consequences derived from agriculture and their expression in contemporary dynamics.

**Keywords:** History, Agriculture, Anthropology, Archaeology

## Índice

Introducción .....	3
Objetivo General .....	4
Objetivo Específico .....	5
Estilos de Vida Previos al Surgimiento de la Agricultura .....	6
Proceso de Domesticación de Plantas .....	8
Orígenes y Desarrollo Temprano de la Agricultura .....	11
Impactos Sociales Asociados a la Actividad Agrícola .....	13
Conclusión .....	18
Referencias Bibliográficas .....	19

## Introducción

La agricultura fue decisiva para el desarrollo de la civilización humana. Su aparición permitió abandonar el nomadismo, establecer asentamientos permanentes y formar comunidades estables, lo que impulsó nuevas formas de organización social y dio origen a las primeras civilizaciones. No obstante, el sedentarismo también trajo consecuencias menos positivas: la especialización profundizó las divisiones sociales, la acumulación fomentó desigualdades tempranas y la propiedad privada se consolidó como una nueva institución.

Al mismo tiempo, las sociedades agrícolas se volvieron altamente dependientes del éxito de sus cosechas, lo que hizo que su supervivencia quedara sujeta a factores ambientales, climáticos y políticos. Esto dio lugar a hambrunas provocadas tanto por condiciones naturales como por decisiones humanas. Además, el valor estratégico de las tierras fértiles desencadenó conflictos y guerras por su control.

Ante este panorama, surge la pregunta de hasta qué punto la domesticación de plantas fue realmente beneficiosa y cuáles han sido sus efectos negativos. Este trabajo abordará estas cuestiones analizando el origen de la agricultura, comparando la vida nómada con las sociedades sedentarias y evaluando cómo la dependencia agrícola moldeó, para bien y para mal, la historia humana.

## **Objetivo General**

El objetivo general de esta investigación es **analizar de manera crítica y fundamentada los impactos sociales derivados del surgimiento y desarrollo temprano de la agricultura**, considerando tanto los cambios estructurales que transformaron la organización humana hace aproximadamente 12.000 años como las repercusiones que estos procesos tuvieron en la vida cotidiana, la salud, la desigualdad y la dinámica comunitaria. A partir de una revisión histórica, arqueológica y arqueobotánica, este estudio busca comprender cómo la transición desde sociedades cazadoras-recolectoras hacia comunidades agrícolas sedentarias constituyó uno de los puntos de inflexión más significativos en la historia humana, alterando profundamente las formas de subsistencia, los patrones de trabajo, las jerarquías sociales y la relación entre el ser humano y su entorno natural.

Este estudio no solo evalúa las consecuencias históricas de la agricultura, sino que también invita a reflexionar sobre la manera en que estos procesos tempranos siguen influyendo en los modelos agrícolas actuales y en los desafíos sociales contemporáneos asociados a ellos.

En síntesis, el objetivo general es identificar tanto los cambios positivos que posibilitaron el desarrollo civilizatorio como las afectaciones negativas que acompañaron este proceso, con el fin de comprender integralmente el papel de la agricultura como motor decisivo en la evolución cultural, social y estructural de la humanidad.

### **Objetivo Específico**

Este trabajo busca analizar de forma crítica cómo la aparición de la agricultura y la domesticación de plantas transformaron profunda y duraderamente a las sociedades humanas. A partir de una revisión histórica, arqueológica y arqueobotánica, se examinarán los cambios estructurales que surgieron hace unos 12.000 años con la transición de la vida nómada hacia comunidades agrícolas sedentarias, así como sus impactos en la subsistencia, el trabajo, la salud, la desigualdad y la organización social.

El estudio también reflexiona sobre la manera en que estos procesos tempranos siguen influyendo en los modelos agrícolas actuales y en problemáticas contemporáneas vinculadas a ellos. En síntesis, el objetivo es identificar tanto los aportes que posibilitaron el desarrollo civilizatorio como las consecuencias negativas que acompañaron este cambio, con el fin de comprender integralmente el papel de la agricultura como un punto de inflexión decisivo en la evolución humana.

## Estilos de Vida Previos al Surgimiento de la Agricultura

Antes del surgimiento de la agricultura, hace aproximadamente **12.000 años**, los seres humanos vivían en sociedades de **cazadores-recolectores** que dependían directamente de los recursos naturales disponibles en su **entorno inmediato**. Estas comunidades, presentes durante más del 95% de la historia del *Homo sapiens*, desarrollaron un modo de vida profundamente interconectado con los ritmos estacionales, los patrones climáticos y la dinámica de los ecosistemas. Lejos de la imagen simplista de precariedad o brutalidad que en ocasiones se les atribuye, numerosos estudios antropológicos y arqueológicos han demostrado que estas poblaciones disfrutaban de niveles notables de salud, movilidad, autonomía y equilibrio social (Lee, 2018; Kelly, 2013).

Una de las características más importantes de la vida de los cazadores-recolectores era su gran capacidad para adaptarse al entorno. Vivían en grupos pequeños que se movían según las estaciones y los recursos, sin grandes diferencias de poder entre ellos. Funcionaban como una comunidad unida, donde **todos colaboraban** porque de esa cooperación dependía su supervivencia. Este tipo de organización favorecía la distribución equilibrada de recursos y limitaba la acumulación desigual de bienes materiales. Según Kelly (2013), la movilidad permitía amortiguar los riesgos ambientales, ya que los grupos podían desplazarse a zonas con mayor disponibilidad de alimentos en lugar de depender de un territorio fijo, como ocurriría posteriormente con la agricultura.

Diversas investigaciones coinciden en que, antes del surgimiento de la agricultura, muchos grupos cazadores-recolectores disfrutaban de ciertas **ventajas en su vida cotidiana**, especialmente en lo referente al tiempo de trabajo y a la calidad de la dieta. Lee (2018) documenta que estas comunidades solían invertir entre **4 y 6 horas al día** en obtener alimentos, lo que dejaba amplios espacios para el descanso, la interacción social y las actividades

culturales. Esta organización **flexible** contrastaba con las largas jornadas de labor físico que caracterizaron posteriormente a las primeras sociedades agrícolas.

La evidencia bioarqueológica también respalda esta idea: estudios osteológicos muestran que las poblaciones preagrícolas presentaban **menores niveles de caries, déficits nutricionales y enfermedades infecciosas que los grupos agrícolas tempranos** (Larsen, 2014). Esto se relaciona con la gran diversidad alimentaria disponible en entornos naturales, donde la dieta incluía plantas silvestres, frutos, raíces, miel, pescado y carne de caza. Este abanico de recursos ofrecía un balance nutricional que, en muchos casos, resultó más completo que el consumo repetitivo de unos pocos cultivos básicos en los primeros asentamientos agrícolas.

Desde el punto de vista social, los grupos cazadores-recolectores solían organizarse **de manera igualitaria**, sin grandes jerarquías ni acumulación de bienes individuales. La propiedad privada no existía y las decisiones importantes se tomaban de forma compartida o mediante consenso. Harari (2015) señala que estas comunidades funcionaban con estructuras más flexibles, lo que favorecía relaciones cooperativas y reducía la aparición de conflictos. Aunque la violencia interpersonal podía darse, la arqueología no muestra un panorama de guerras constantes; más bien apunta a sociedades que combinaban cooperación, movilidad y estrategias para evitar enfrentamientos prolongados (Fry, 2013).

Otra ventaja importante de este modo de vida era el equilibrio que mantenían con el entorno. Al ser grupos nómadas y de baja densidad, **no agotaban los recursos**. Su movilidad favorecía un uso moderado de lo que cada zona podía ofrecer. En contraste, los primeros cultivos y la domesticación de animales comenzaron a alterar el ambiente al reducir la biodiversidad y fomentar prácticas más intensivas, como los monocultivos (Mercader, 2019).

Esta diferencia muestra cómo el estilo de vida nómada resultaba, en muchos casos, más sostenible y menos degradante para la naturaleza.

Aunque la vida de los cazadores-recolectores **implicaba ciertos retos**, como la variación estacional de alimentos, la presencia de depredadores y el esfuerzo físico asociado a la movilidad constante, estos desafíos se compensaban con una fuerte unidad social y apoyo mutuo. Además, este modo de vida carecía de las cargas que acompañaron a la agricultura temprana, como las largas jornadas de trabajo repetitivo, la dependencia de autoridades centralizadas o el riesgo de hambrunas ante el fracaso de los cultivos (Harari, 2015).

En resumen, los modos de vida anteriores a la agricultura se distinguían por la movilidad, la cooperación cotidiana, una alimentación variada, relaciones sociales más igualitarias y un vínculo directo con la naturaleza. Aunque no estaban libres de dificultades, ofrecían ventajas importantes frente a muchos de los desafíos que aparecieron con la vida sedentaria, como el **aumento de la desigualdad**, el deterioro ambiental, la propagación de enfermedades y la intensificación del trabajo. Reconocer estos aspectos permite entender con mayor equilibrio los cambios que trajo la revolución agrícola y valorar tanto sus avances como las pérdidas que implicó para las sociedades humanas.

### **Proceso de Domesticación de Plantas**

El proceso de domesticación de plantas fue uno de los cambios más profundos en la historia humana, aunque no ocurrió de manera repentina. Surgió a partir de la relación cotidiana entre grupos humanos y las plantas silvestres que recolectaban. Con el paso del tiempo, las personas comenzaron a favorecer, cuidar y seleccionar aquellas especies que ofrecían más alimento, eran más fáciles de cosechar o crecían mejor cerca de los lugares que frecuentaban. Esta interacción continua transformó poco a poco las características de las plantas y modificó

la forma en que los seres humanos obtenían su sustento. A partir de estas prácticas graduales, las comunidades empezaron a  **depender cada vez más de cultivos específicos**, lo que sentó las bases para asentamientos más estables y para la  **vida sedentaria** que daría lugar a nuevas formas de organización social.

La domesticación de plantas empezó cuando los recolectores comenzaron a elegir, casi sin darse cuenta, aquellas especies que les resultaban más útiles: plantas con semillas más grandes, frutas más fáciles de recoger, menos amargas o más predecibles en su crecimiento. Al manipularlas, moverlas de un lugar a otro o dejar semillas cerca de los campamentos, las personas favorecían que ciertas plantas crecieran repetidamente en  **los mismos espacios**. Con el paso del tiempo, estas prácticas fueron cambiando de manera gradual a las especies silvestres hasta producir variantes que dependían más de la  **intervención humana**. La arqueobotánica ha mostrado que incluso pequeñas preferencias en la recolección podían ejercer una presión selectiva importante. Un ejemplo claro es el trigo del Creciente Fértil, cuya espiga, por su uso constante, fue perdiendo la capacidad de dispersar sus semillas de forma natural y terminó  **adaptándose** a un entorno donde las personas participaban activamente en su recolección (Zeder, 2011).

Las investigaciones arqueológicas indican que las primeras señales sólidas de domesticación aparecieron en regiones donde había una gran concentración de plantas comestibles. En el Levante mediterráneo, por ejemplo, coexistían variedades de trigo, cebada y legumbres que podían recolectarse con relativa facilidad, lo que facilitó una relación más constante entre las personas y  **ciertas especies**. Este entorno permitió que algunas plantas empezaran a cambiar poco a poco debido a la  **selección humana**.

A medida que las plantas domesticadas comenzaron a  **depender** más del cuidado humano, las comunidades fueron ajustando sus actividades diarias para  **garantizar** su

crecimiento. Limpiaban pequeñas áreas, evitaban que los animales se comieran las cosechas tiernas, regaban cuando era necesario y dispersaban las semillas con **mayor intención**. Al principio estas acciones acompañaban la recolección, pero con el tiempo exigieron **más esfuerzo y atención**, creando una relación en la que humanos y plantas se adaptaban mutuamente. Las personas modificaban el entorno para favorecer ciertas especies, y estas plantas, a su vez, transformaban la manera en que las comunidades **se organizaban y trabajaban**. Este proceso se encuentra bien documentado en sitios como Çatalhöyük y Göbekli Tepe, donde se han hallado cereales domesticados junto con evidencias de nuevas formas de vida colectiva y organización comunitaria (Hodder, 2018).

La domesticación de plantas también transformó profundamente la vida social. Al poder cultivar alimentos de manera más estable, las comunidades crecieron y empezaron a formar aldeas cada vez más **permanentes**. Esta estabilidad también llegó con nuevas responsabilidades. Cuidar los cultivos exigía dedicar **muchas horas** a tareas **repetitivas** y estar siempre atentos a riesgos climáticos que podían dañar la producción. Las personas debían almacenar sobrantes y organizar mejor su trabajo, lo que poco a poco cambió la forma en que se distribuían las tareas dentro de cada grupo. Harari (2015) explica que este cambio abrió la puerta a un desarrollo cultural mayor, pero también trajo consigo **nuevas desigualdades** y una especialización del trabajo que no existía en las sociedades cazadoras-recolectoras.

Dicho de otro modo, la domesticación de plantas transformó profundamente tanto el entorno como la vida humana. Al concentrar cultivos seleccionados, se modificaron los ecosistemas, reduciendo la biodiversidad y creando **nuevas obligaciones laborales** y sociales, como el cuidado constante de los cultivos y la planificación de asentamientos (Mercader, 2019). Este proceso permitió el surgimiento de aldeas, el aumento poblacional y el desarrollo de estructuras sociales más complejas, pero también introdujo problemas como **desigualdad**,

dependencia ambiental y riesgos para la salud (Harari, 2015). En conjunto, la domesticación no fue solo un avance tecnológico, sino un **cambio integral que moldeó la organización humana** y su relación con la naturaleza.

### **Orígenes y Desarrollo Temprano de la Agricultura**

La agricultura se desarrolló paralelamente a la domesticación de las plantas. Durante este proceso surgió una etapa de **proto-agricultura**, en la que las poblaciones humanas aún no cultivaban la tierra de forma activa, pero sí seleccionaban, cuidaban y favorecían el crecimiento de determinadas especies. Estas prácticas iniciales sentaron las bases para el posterior desarrollo de una agricultura plenamente establecida.

El desarrollo de la agricultura inició aproximadamente entre **14.500 y 12.000 a. C. en el suroeste de Asia**, especialmente entre grupos epipaleolíticos. Este proceso avanzó junto con la domesticación temprana de plantas, dando lugar a una etapa de proto-agricultura en la que las poblaciones humanas aún no trabajaban sistemáticamente la tierra, pero sí recolectaban y gestionaban ciertas especies de manera selectiva (Encyclopedia Britannica, 2025).

Los pueblos que protagonizaron estos cambios comenzaron a **diversificar sus herramientas, marcando un avance tecnológico significativo**. Instrumentos antes destinados a tareas domésticas o de caza fueron adaptados, y surgieron otros nuevos para actividades vinculadas al manejo de plantas, como hoces de sílex, morteros y molinos para procesar granos (Encyclopedia Britannica, 2025).

En yacimientos como **Netiv Hagdud**, fechado alrededor de 11.500 a. C., se han hallado evidencias de almacenamiento de cebada silvestre, legumbres, frutos secos y otros vegetales. Estos hallazgos revelan un manejo intensivo de recursos, constituyendo un paso decisivo hacia la agricultura plena (Encyclopedia Britannica, 2025).

Posteriormente, alrededor de **10.500 a. C.**, se supera la etapa de proto-agricultura en el suroeste de Asia, específicamente en la actual Turquía, al norte del Creciente Fértil. En esta región se hallan **las evidencias más antiguas y sólidas de la domesticación de granos, provenientes del sitio de Nevalı Çori** (Encyclopedia Britannica, 2025).

Otro yacimiento clave es **Abu Hureyra**, en el valle del Éufrates, donde se observa una transición evidente: primero aparecen semillas silvestres recolectadas y, posteriormente, trigos y legumbres domesticados. En el sitio también se identificaron patrones que podrían corresponder a un sistema primitivo de rotación de cultivos. Aunque no se sabe si fue intencional o accidental, este manejo favorecía la fertilidad del suelo y aumentaba la productividad agrícola (Encyclopedia Britannica, 2025).

Para esta época, alrededor de **10.000 a. C.**, las poblaciones del suroeste asiático comenzaban **a depender cada vez más de los cultivos**, mostrando una transición progresiva de un modo de vida nómada hacia uno sedentario (Encyclopedia Britannica, 2025). Esta transformación se difundió por toda la región del Creciente Fértil, cuyas condiciones ecológicas favorecían el cultivo de cereales y legumbres.

En América, la calabaza comenzó a domesticarse en el sur de México entre 10.000 y 9.000 a. C., y hacia 5.000–3.000 a. C. varios pueblos del este de Norteamérica ya practicaban la agricultura (Encyclopedia Britannica, 2025). **Estos casos muestran un desarrollo agrícola posterior y, en algunos lugares, paralelo al del Levante en Oriente Medio.** No obstante, la agricultura y la ganadería surgieron de forma descentralizada y no universal, por lo que muchos pueblos de América y del resto del mundo permanecieron nómadas durante gran parte de su historia.

El aumento en la producción de alimentos y la estabilidad del sedentarismo **impulsaron avances en tecnología, almacenamiento, prácticas médicas y nutrición**, lo que a su vez

favoreció una mayor longevidad y un notable crecimiento demográfico. No es casual que las primeras civilizaciones surgieran en esta región, pues ofrecía condiciones óptimas para el desarrollo agrícola temprano.

La evidencia arqueológica demuestra que la transición hacia la agricultura fue un proceso gradual, complejo y profundamente transformador. Desde las primeras prácticas de proto-agricultura hasta la domesticación plena de plantas y la aparición de herramientas especializadas, las sociedades humanas fueron construyendo las bases de un nuevo modelo de subsistencia que modificó de manera decisiva su relación con el entorno. **Yacimientos como Netiv Hagdud, Nevalı Çori y Abu Hureyra** ilustran cómo la gestión selectiva de recursos, el almacenamiento y la innovación tecnológica abrieron paso a formas más estables y productivas de manejo vegetal.

Aunque este proceso **no fue universal ni simultáneo**, como lo evidencian los desarrollos agrícolas independientes en América, sus efectos fueron determinantes en las regiones donde se consolidó. El aumento en la producción de alimentos favoreció el sedentarismo, el crecimiento demográfico y la formación de estructuras sociales más complejas, lo que preparó el terreno para el surgimiento de las primeras civilizaciones. En este sentido, la agricultura constituye uno de los mayores puntos de inflexión en la historia humana, pues reorganizó la vida cotidiana, impulsó innovaciones y transformó de manera irreversible la organización social y cultural de las comunidades.

### **Impactos Sociales Asociados a la Actividad Agrícola**

Resulta relevante analizar cómo el surgimiento de la agricultura influyó en la aparición de divisiones sociales. Aunque los grupos cazadores-recolectores también tenían dinámicas complejas, la agricultura introdujo una estructuración social mucho más marcada, dando origen a las primeras formas de diferenciación y estratificación.

Según el libro *Social Inequality at the Origins of Agriculture*, este proceso se explica a partir de varios factores clave:

1. El excedente y su almacenamiento. Cuando una comunidad produce más de lo que consume, adquiere inmediatamente una ventaja frente a otras: ese excedente puede utilizarse para comerciar, intercambiar, invertir en herramientas, animales o incluso para acumular y transmitir riqueza. Esto hace que ciertas comunidades y dentro de ellas, ciertos grupos comiencen a concentrar poder (Price, 1995).
2. La tierra cultivable se convierte en un recurso finito y extremadamente valioso. Quienes logran controlar las mejores tierras obtienen privilegios y capacidad de decisión, lo cual abre la puerta a conflictos por territorio y a procesos de monopolización. Con ello surge también la noción de herencia, lo que permite que la desigualdad se consolide entre generaciones (Price, 1995).
3. La división del trabajo. Ya no todos necesitan dedicarse a la subsistencia directa. Algunos pueden especializarse en herramientas, otros en construcción, otros en administración aquellos con mayor habilidad para el cálculo y la contabilidad, e incluso aparecen incluso roles religiosos o de sacerdocio, que ayudan a justificar ideológicamente la nueva estructura social y sus jerarquías (Price, 1995).

Todo esto incrementó la complejidad social y generó la necesidad de autoridades capaces de gestionar comunidades cada vez más numerosas. En este contexto surgieron las primeras élites, que podían ejercer su poder de manera justa o, con frecuencia, de forma abusiva sobre el resto de la población.

Profundizando en el surgimiento de las élites y las primeras formas de autoridad, el libro *Against the Grain* de James C. Scott (2017) ofrece un análisis crítico del Estado temprano, al que describe como una **máquina extractiva**. Scott señala que, una vez consolidada la

agricultura, los primeros Estados comenzaron a imponer **impuestos sobre el grano**, centralizar el almacenamiento de recursos y asegurar **mano de obra**, lo que dio origen a sistemas de servidumbre y esclavitud a gran escala.

Estas dinámicas incluían la coerción laboral, ya que el Estado necesitaba asegurar una producción constante. Muchos prisioneros de guerra fueron forzados a trabajar, alimentando esta estructura. Scott también señala que varios centros urbanos surgieron mediante **concentraciones involuntarias de población**, necesarias para sostener la maquinaria política y económica del Estado temprano.

El libro también analiza la **jerarquización** de estas primeras sociedades. En la cúspide se encontraba un rey o líder con carácter divino; debajo, los templos y su clase sacerdotal; luego los guerreros, encargados de sostener el orden; y finalmente las élites administrativas, que en ciertos casos mantenían vínculos directos con las clases más bajas de la población, aunque ésta generalmente no recibía los mayores beneficios.

El libro también aborda un tema que puede resultar chocante para quienes asocian la agricultura únicamente con mejoras en salud y longevidad. Aunque estos avances sí ocurrieron, Scott señala que la transición hacia sociedades agrícolas trajo consigo un notable deterioro en la salud y la nutrición, especialmente debido a la dependencia de los cereales como base de la dieta.

La evidencia arqueológica muestra un claro deterioro en la salud tras la adopción de la agricultura. Los restos óseos revelan una reducción en la estatura, un aumento de lesiones por estrés en columna y rodillas, mayor desgaste por labores repetitivas y un notable incremento de caries y problemas dentales (Scott, 2017). Estos cambios reflejan un estilo de vida más demandante y menos saludable que el de las sociedades cazadoras-recolectoras.

También se identifican signos de malnutrición y una fuerte dependencia de pocos cultivos, lo que hacía a estas sociedades vulnerables a hambrunas cuando las cosechas fallaban. Scott señala además un marcado deterioro en las condiciones de trabajo: mientras los cazadores-recolectores tenían más tiempo libre y actividades recreativas, los primeros agricultores trabajaban jornadas de **10 a 14 horas durante las temporadas de cultivo**. Esto redujo su calidad de vida, aumentó el desgaste físico y favoreció la aparición de formas más sistemáticas de esclavitud para sostener la producción (Scott, 2017).

Asimismo, el autor analiza las hambrunas desde una perspectiva distinta. Mientras que los cazadores-recolectores tenían dietas variadas y podían desplazarse ante la escasez, las sociedades agrícolas quedaron atadas a territorios fijos. La agricultura intensiva o basada en una sola especie generó problemas como deforestación, agotamiento del suelo, irrigación excesiva y una degradación ambiental progresiva (Scott, 2017). A largo plazo, estos procesos derivaron en crisis alimentarias y, en ocasiones, en el colapso de sociedades enteras. Un ejemplo notable es Sumeria, donde la salinización del suelo causada por prácticas de irrigación contribuyó al declive y desaparición de varias ciudades.

Evidentemente, la agricultura no debe satanizarse. Aunque es importante reconocer sus críticas y desventajas para entender sus efectos positivos, así como negativos, no podemos caer en visiones absolutas. Los procesos históricos tienen matices y muchas transformaciones surgieron por necesidades de cada época, no por intenciones morales. Por eso, además de las críticas, es necesario destacar las ventajas esenciales que la agricultura y la domesticación de plantas aportaron al desarrollo de las civilizaciones humanas.

La domesticación de cultivos en el Creciente Fértil permitió que culturas como la sumeria desarrollaran importantes avances tecnológicos, administrativos y culturales. El manejo de excedentes agrícolas impulsó sistemas matemáticos más complejos para medir y

registrar recursos, base de futuras ciencias. También surgieron herramientas e innovaciones en ingeniería agrícola, además de la necesidad de llevar registros contables dio origen a las primeras formas de escritura, como la cuneiforme (Diamond, 1997).

Otro punto relevante es la relación entre agricultura, urbanización y salud. Aunque el sedentarismo trajo consigo nuevos problemas como enfermedades infecciosas propias de grandes asentamientos, también impulsó un fortalecimiento inmunológico a nivel poblacional. Las sociedades agrícolas, al vivir en centros densamente poblados, estuvieron expuestas a una mayor variedad de virus y bacterias, lo que, con el tiempo, favoreció la adquisición de inmunidades fundamentales. En contraste, grupos cazadores-recolectores muy pequeños y móviles habrían sido extremadamente vulnerables a estas enfermedades si hubieran entrado en contacto regular con ellas (Diamond 1997). En ese sentido, la agricultura no solo contribuyó a aumentar la expectativa de vida, sino también a que las sociedades pudieran sostener poblaciones más numerosas y resistentes.

Asimismo, es fundamental evitar juicios morales anacrónicos sobre las prácticas de estas primeras sociedades. Evaluarlas desde valores actuales conduce a conclusiones injustas e imprecisas, pues se trata de tiempos radicalmente distintos, con necesidades, contextos y limitaciones completamente ajenas a nuestra realidad. Para un análisis histórico serio, se debe comprender lo que ocurrió sin justificarlo moralmente desde la perspectiva moderna. Entender los procesos, sus causas y sus consecuencias es lo que permite evitar que los errores del pasado se repitan, sin caer en condenas morales fuera de contexto.

La transición hacia la agricultura transformó profundamente la organización humana, generando tanto avances extraordinarios como nuevas desigualdades y desafíos. El excedente, la propiedad de la tierra y la especialización laboral impulsaron la aparición de élites, jerarquías y los primeros Estados, mientras que la concentración poblacional y la dependencia de pocos

cultivos deterioraron la salud y aumentaron la vulnerabilidad ante hambrunas. Sin embargo, estos procesos también dieron origen a innovaciones esenciales como la escritura, la ingeniería agrícola, la administración centralizada y el desarrollo matemático. Comprender estos cambios sin juicios morales anacrónicos permite valorar la agricultura como un fenómeno histórico complejo: un motor de civilización que, al mismo tiempo, generó tensiones sociales y ambientales que marcaron el rumbo de las sociedades humanas.

### **Conclusiones**

¿Representó la agricultura un avance inevitable o un punto de inflexión problemático para la humanidad?

1. La agricultura no fue un error para la humanidad; constituyó el punto de partida que permitió mejorar la calidad de vida, establecer asentamientos permanentes y desarrollar las primeras civilizaciones, impulsando el arte, la tecnología y nuevas formas de organización social.
2. Durante los últimos 12.000 años, se consolidó como un motor fundamental del progreso humano, posibilitando avances tecnológicos, culturales y científicos que transformaron de manera profunda e irreversible la historia de las sociedades.
3. Si bien la agricultura trajo consigo desigualdades, tensiones sociales y nuevos desafíos para la salud, evaluarla con criterios morales contemporáneos sería anacrónico. Su estudio requiere comprenderla dentro de sus contextos históricos, reconociendo tanto sus aportes decisivos como sus efectos adversos sin caer en juicios absolutistas.

### Referencias Bibliográficas

- Arranz-Otaegui, A. (2016). Archaeobotanical perspectives on plant cultivation and domestication in Southwest Asia. *Journal of Archaeological Science*, 72, 1–10. <https://doi.org/10.1016/j.jas.2016.05.002>
- Diamond, J. (1997). *Guns, germs, and steel: The fates of human societies*. W. W. Norton & Company.
- Diamond, J. (2002). Evolution, consequences and future of plant and animal domestication. *Nature*, 418(6898), 700–707. <https://doi.org/10.1038/nature01019>
- Fry, D. P. (2013). *War, peace, and human nature: The convergence of evolutionary and cultural views*. Oxford University Press.
- Fuller, D. Q. (2007). Contrasting patterns in crop domestication and domestication rates: Recent archaeobotanical insights from the Old World. *Annals of Botany*, 100(5), 903–924. <https://doi.org/10.1093/aob/mcm048>
- Fuller, D. Q., & Stevens, C. (2019). Between domestication and civilization: The role of agriculture and arboriculture in the emergence of the first urban societies. *Vegetation History and Archaeobotany*, 28(3), 263–282. <https://doi.org/10.1007/s00334-019-00714-9>
- Harari, Y. N. (2015). *Sapiens: A brief history of humankind*. Harper.
- Kelly, R. L. (2013). *The lifeways of hunter-gatherers: The foraging spectrum* (2nd ed.). Cambridge University Press.
- Larsen, C. S. (2014). *Bioarchaeology: Interpreting behavior from the human skeleton* (2nd ed.). Cambridge University Press.
- Lee, R. B. (2018). *The Dobe Ju/'hoansi* (5th ed.). Cengage Learning.
- Mercader, J. (2019a). *Archaeological research in Africa: A critical introduction*. Routledge.
- Mercader, J. (2019b). Foraging and farming in the tropics. In P. Mitchell & P. Lane (Eds.), *The Oxford handbook of African archaeology* (pp. 435–450). Oxford University Press.
- Ordish, G., Rasmussen, W. D., Mellanby, K., Gray, A. W., Crawford, G. W., Fussell, G. E., & Nair, K. (2025). Origins of agriculture. In *Encyclopaedia Britannica*. <https://www.britannica.com/topic/agriculture>

- Piperno, D. R. (2011). The origins of plant cultivation and domestication in the Neotropics: A behavioral ecological approach. In G. Staller (Ed.), *Pre-Columbian foodways: Interdisciplinary approaches to food, culture, and markets in ancient Mesoamerica* (pp. 137–166). Springer.
- Price, T. D. (1995). Social inequality at the origins of agriculture. In D. W. Price & G. Feinman (Eds.), *Foundations of social inequality* (pp. 129–151). Plenum Press.
- Price, T. D., & Bar-Yosef, O. (2011). The origins of agriculture: New data, new ideas. *Current Anthropology*, 52(S4), S163–S174. <https://doi.org/10.1086/659964>
- Purugganan, M. D., & Fuller, D. Q. (2009). The nature of selection during plant domestication. *Nature*, 457(7231), 843–848. <https://doi.org/10.1038/nature07895>
- Scott, J. C. (2017). *Against the grain: A deep history of the earliest states*. Yale University Press.
- Smith, B. D. (2011). General patterns of niche construction and the management of “wild” plant and animal resources by small-scale pre-industrial societies. *Philosophical Transactions of the Royal Society B*, 366(1566), 836–848. <https://doi.org/10.1098/rstb.2010.0253>
- World History Encyclopedia. (2021). Origins of world agriculture. <https://www.worldhistory.org/article>